



Consejo Económico y Social

Distr. general
24 de abril de 2013
Español
Original: francés

Período de sesiones sustantivo de 2013

Ginebra, 1 a 26 de julio de 2013

Serie de sesiones de alto nivel: examen ministerial anual

Declaración presentada por ONG Hope International, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 30 y 31 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

13-31003X (S)



Se ruega reciclar 



Declaración

La ciencia, la tecnología e innovación y las posibilidades que ofrece la cultura a la hora de promover el desarrollo sostenible y alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio, así como de lograr la seguridad alimentaria por medio de sistemas agrícolas sostenibles y equitativos y aumentando la producción y los ingresos, especialmente en el caso de las pequeñas explotaciones agrícolas

Preámbulo

La Cumbre del Milenio, celebrada en Nueva York del 6 al 8 de septiembre de 2000, contó con la participación de 140 Jefes de Estado y de Gobierno de los 189 Estados Miembros de las Naciones Unidas, en representación tanto de los países ricos como de los países del Sur, los cuales suman juntos aproximadamente la mitad de los 7.000 millones de habitantes del planeta.

Dicha Cumbre culminó con la aprobación de una “Declaración del Milenio”, en la que los líderes mundiales establecieron ocho objetivos, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y acordaron fundamentalmente las siguientes metas prioritarias: “reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de habitantes del planeta con ingresos inferiores a 1 dólar por día; garantizar el empleo pleno y el trabajo decente y productivo para todos, en particular para las mujeres y los jóvenes, así como reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el número de personas que padecen hambre”.

“El principal desafío al que nos enfrentamos en la actualidad es conseguir que la globalización se convierta en una fuerza positiva para toda la humanidad”, según afirma la Declaración, que propone la reducción de la brecha que separa a los países ricos de los pobres mediante un reparto más justo de los beneficios de la globalización y subraya el compromiso de los Estados para promover la democracia y el estado de derecho.

El Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas destacó el consenso entre los Estados manifestado a lo largo del período de sesiones. “Ustedes han afirmado que su máxima prioridad consiste en erradicar la pobreza extrema. Ustedes han definido una serie de objetivos para conseguirlo. [...] Todos sabemos que esta meta puede lograrse si dichas medidas se aplican realmente”.

¿Qué queda hoy de todo aquello?

¿Cuál es la situación 13 años después de dichas declaraciones? Con respecto a algunos de los objetivos, se han conseguido claros avances.

En cada vez más países, la educación primaria universal se está convirtiendo en una realidad. Existen programas dirigidos a promover la igualdad y el empoderamiento de la mujer, pero todavía queda mucho por hacer, especialmente debido a que existe una gran interdependencia entre el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y la condición de la mujer. Se han realizado algunos avances en la lucha contra las enfermedades epidémicas y endémicas que, a pesar de los numerosos programas de salud pública existentes, todavía resultan insuficientes.

No obstante, ¿en qué ha quedado el primero de los Objetivos del Milenio, la erradicación de la pobreza extrema y el hambre, objetivo sin cuya consecución resulta imposible alcanzar el resto?

Resulta sorprendente comprobar que, en la evaluación realizada a 1.000 días de que se cumpla el plazo del 31 de diciembre de 2015, no se menciona en ningún momento la erradicación de la malnutrición y el hambre.

A pesar de haberse reducido la ayuda oficial para el desarrollo, pasando de un 19% en 1980 a un 3,8% en 2006, los avances logrados en el ámbito de la disminución de la pobreza parecen haber superado las expectativas.

Sin embargo, según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, el número de personas que padecieron hambre en el mundo en 2010 fue de 925 millones.

Ante estos datos alarmantes de los países del Sur, muy especialmente de África, y dadas las numerosas crisis financieras, económicas y culturales que estamos viviendo en el actual contexto de globalización, ¿cuáles son las causas y qué soluciones se pueden aportar al respecto?

Es ahora cuando debemos plantear una nueva estrategia global de desarrollo, si queremos acabar con la peor de las lacras, que subyace a todas las demás: la desnutrición, la malnutrición y el hambre.

Para ello, se han diseñado diversas estrategias.

Cualquier Estado tiene el deber de garantizar la cobertura de las necesidades básicas de sus ciudadanos. Frente a la amenaza que representan las crisis alimentarias, numerosos Estados han adoptado un enfoque dirigido a garantizar la seguridad alimentaria de la población.

En aquellos países que disponen de tierras aptas para la agricultura y de agua, y que cuentan con una población capaz de aprovechar dichas tierras, estas se someten a explotación agrícola y se rentabilizan. Esto ha permitido que numerosos países emergentes hayan logrado importantes avances y se hayan convertido en asociados internacionalmente reconocidos. Sin embargo, ¿se ha garantizado una producción alimentaria capaz de proteger a los más desfavorecidos contra el hambre? No siempre.

En el caso de aquellos países que carecen de dicho “oro verde”, las estrategias se han basado en un mismo principio: asegurarse el control sobre las tierras de un tercer país, con el fin de utilizarlas para producir y garantizar así la seguridad alimentaria del suyo propio.

¿Se han diseñado dichos proyectos con todas las garantías necesarias?

A menudo, dichas tierras no se utilizan con el fin de suministrar los alimentos necesarios para la población local o nacional, sino que sirven para generar productos destinados a la alimentación de animales de granja y a la elaboración de biocombustibles. O peor aún: se usan para cultivar flores.

Este tipo de monocultivo extensivo, que agota los recursos del suelo, constituye una forma de neocolonialismo.

Dichas prácticas agrícolas generan resultados comerciales cuyos beneficios permiten a los países anfitriones aumentar su producto interno bruto y avanzar en la escala de estadísticas del desarrollo. No obstante, ¿dónde están los efectos positivos de estas prácticas para la población local?

Para numerosos pueblos, la tierra es un elemento sagrado e intocable, la “tierra de los antepasados”, o muchas veces, simplemente, lo único que les queda.

Los agricultores pobres son expulsados de sus tierras. Se destruyen los pastos naturales de su ganado y, cuando se construyen carreteras, escuelas y clínicas, no se hace para ellos, sino para los empleados de las empresas titulares de las concesiones del gobierno.

Desde ese momento, asistimos al éxodo rural de la población más vulnerable hacia los barrios marginales de las capitales, con lo que su situación y la del país no hacen sino empeorar.

Este tipo de políticas supone un importante riesgo de implosión de las sociedades, de revueltas que a menudo desembocan en el derrumbe de los gobiernos, como en el caso de Madagascar, sin ofrecer soluciones a la seguridad alimentaria de la población.

Es preciso plantear la ayuda de manera diferente

¿Se puede aplicar el modelo de agricultura que se practica en unos países a otros? Evidentemente no, ya que el contexto y las limitaciones existentes son diferentes.

El alto grado de mecanización del sector en determinados países obedece a sus diferencias en cuanto a estructura demográfica, infraestructuras y necesidades industriales y de la población. Dicha mecanización está pensada para una agricultura masiva practicada sobre grandes extensiones geográficas.

Aquellos países donde persiste el problema del hambre se encuentran en la situación opuesta. En ellos, la solución pasa por la contratación de mano de obra con el fin de generar ingresos, en lugar de por la mecanización del sector. Es necesario producir de manera “local y a pequeña escala”, en lugar de hacerlo de manera global para realizar exportaciones masivas que exigen medios logísticos costosos y complejos. El objetivo es conseguir una producción muy diversificada, capaz de cubrir íntegramente las necesidades alimentarias de la población.

¿Es viable una alianza mundial? Quizá y seguramente no.

Seguramente no, si ello significa seguir proporcionando ayuda eternamente.

Seguramente no, si ello significa permitir que las multinacionales encuentren nuevos mercados de semillas y fertilizantes con efectos devastadores para la biodiversidad.

¿Es ético que los alimentos proporcionados a las víctimas de las crisis alimentarias graves se produzcan en los países ricos [más del 90 % de las importaciones mundiales de cereales proceden únicamente de 10 exportadores (*fuelle*: Programa Mundial de Alimentos)] y que su negociación corra a cargo de empresas comerciales implantadas en Ginebra, Londres o Chicago?

¿Qué decir de esa empresa agroindustrial india implantada en Etiopía, cuyo responsable declara sin pestañear que su producción irá destinada a las organizaciones de ayuda mundial, mientras que solamente contrata como mano de obra local a jornaleros que trabajan sin ninguna posibilidad de lograr un empleo estable, sin asistencia médica, sin ofrecer soluciones a sus personas de edad, sin ofrecer ayudas familiares y sin proporcionar medios para la educación de sus hijos? ¿Qué decir de su único objetivo declarado, consistente en alcanzar un volumen de producción que le permita influir en el precio de los alimentos?

Puede que una alianza mundial, con la erradicación del hambre como único objetivo, permita a las poblaciones más afectadas salir definitivamente de la crisis alimentaria que padecen.

Esta cuestión ha llevado a ONG Hope International a realizar diversos análisis de los componentes de dicha estrategia y a plantear una solución.

¿Cuál es la solución que debe ponerse en práctica?

El gran desafío para los Estados y la responsabilidad de los dirigentes del siglo XXI consisten en lograr la autonomía alimentaria de su población.

Nuestra organización, cuya labor cuenta con el reconocimiento de todos los representantes del Comité encargado de las organizaciones no gubernamentales del Consejo Económico y Social por su enfoque global, integrado y operacional, ha adquirido un valioso conocimiento técnico en este ámbito tan específico del desarrollo.

Hacia un nuevo paradigma

Es importante destacar el papel de los jóvenes, que son los ciudadanos y productores del futuro.

Siempre que se plantee una explotación agrícola a gran escala, esta deberá ir precedida por la creación de un dispositivo de formación para los jóvenes locales. Estos agilizarán la creación de los equipos de técnicos necesarios para el buen funcionamiento del proyecto en sus diversos ámbitos y, de este modo, podrán beneficiarse del desarrollo logrado en la región por medio de dicha explotación.

Por otro lado, es conveniente diseñar políticas de acceso a la tierra, de legislación sobre la propiedad y de determinación de recursos legales a este respecto, así como establecer un sistema de financiación dirigido a aumentar la participación ciudadana en la consecución del desarrollo rural, en especial por parte de los jóvenes.

Lo ideal sería habilitar una superficie de terreno equivalente a la de la explotación agrícola a gran escala que se plantee, con el fin de que los habitantes de la región puedan disponer de tierras y explotárselas para su propio beneficio y el de su región.

Es preciso facilitarles el acceso al conocimiento, así como enseñarles a utilizar la biotecnología sin perjudicar el medio ambiente, a crear y mantener almacenes de alimentos y a fabricar productos agroalimentarios a partir de lo que ellos mismos producen. En resumen, para garantizar el crecimiento agrícola es necesario poner en práctica una estrategia centrada en los pequeños agricultores, junto con una estrategia de ordenación de la tierra.

Asimismo, es necesario proporcionar a dichos agricultores las competencias adicionales que les permitan construir un establo, reparar un tejado o cercar un terreno con el fin de que adquieran la capacidad para desarrollarse de manera autónoma y permanente.

Resulta fundamental desarrollar la cualificación de los jóvenes y de las mujeres jóvenes para que puedan ocuparse de su propia supervivencia y la de sus familias y, más aún, mejorar su calidad de vida.

Si asociamos, dentro de una misma región, a todos esos agricultores y ganaderos polivalentes y esos técnicos jóvenes; si les proporcionamos los medios para crear microempresas agrícolas, artesanales y microindustriales; y si logramos que otros puedan encontrar un trabajo cualificado en las grandes explotaciones agrícolas de la zona, surgirá todo un tejido económico y social permanente que se irá desarrollando cada vez más, generando riqueza local y, por consiguiente, un poder adquisitivo que conllevará la llegada de otras personas: enfermeras y también técnicos que contribuyan a la comercialización de los bienes producidos, primero en el mercado local, posteriormente en los mercados nacional y regional y, por último, para la exportación.

Nuestra organización ha creado una red de centros de acogida y de formación profesional denominados “centros Hope”. A través de ellos, se garantiza la acogida y el aprendizaje de un oficio a aquellos jóvenes más desfavorecidos. Asimismo, dichos centros proporcionan una serie de servicios a la población local, como mediateca, sala de informática, instalaciones deportivas, atención sanitaria o talleres de arte. De este modo, dichos servicios pueden llegar a la población de toda la región.

Nuestra organización también ha desarrollado el llamado “principio de los tres tipos de autonomía”: financiera, alimentaria y energética. Con ello, se pretende que los centros Hope adquieran total autonomía a corto plazo y contribuyan al desarrollo exponencial y permanente de la región.

Es importante que cada persona asuma la responsabilidad de mejorar su propia situación y la de sus allegados, sin esperar ayuda por parte de unos Estados que, de todos modos, ya no pueden hacer frente a ella.

Por ello, recomendamos partir de la unidad social básica para llegar a crear una estructura social y económica dotada de una masa crítica que sencillamente permita que todos vivan de manera digna.

Poner fin al hambre en el mundo es posible.

Lo que hace falta es voluntad para ello, encontrar maneras eficaces de procurarse los medios para llevarlo a cabo.

La suma de pequeños esfuerzos puede dar lugar a un gran cambio.

Esto es lo que se llama “desarrollo integral”.